

de Crónica
Córdoba
y sus Pueblos
XIII



Córdoba, 2007

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de **Córdoba**
y sus Pueblos

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Servicio de Publicaciones de la Diputación de Córdoba

Córdoba, 2007



Iltr. Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XIII

Consejo de Redacción

Coordinadores

José Antonio Morena López
Miguel Ventura Gracia

Vocales

Enrique Garramiola Prieto
José Lucena Llamas
Juan Gregorio Nevado Calero
Pablo Moyano Llamas

Edita: Iltr. Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Foto Portada: *Cañete de las Torres. Vía principal. Década de 1920.*

Imprime: Gráficas Alcazaba, S.L.
Políg. Industrial "Cerro de la Virgen", parc. 2
14650 Bujalance (Córdoba)

ISSN: 1577-3418

Depósito Legal: CO-1505-07

Cañete de las Torres o el condicionante de una vida

Julián García García

Cronista Oficial de Cabra

Ya en mis palabras el 29 de abril pasado en la XXXVII Reunión Anual de Cronistas Cordobeses celebrada en Cañete de las Torres expliqué el título de mi intervención. En efecto, cuando en 1936 mi familia arribó a Cañete empezaba para nosotros una vida nueva; a mis padres les habían dicho en Porcuna que en Cañete había trabajo en el campo, que todo estaba por segar en un pueblo eminentemente cerealista: trigos, cebadas, garbanzos, etc. estaban aún sin cosechar; allí nos fuimos, lo que le permitió a mi padre tener trabajo permanente todo el verano, trabajo que luego se unió ya en el otoño a las tareas de siembra, recolección de la aceituna, tala de los olivos, etc., tareas todas bien conocidas y practicadas por mi padre toda la vida. Mi madre a su vez hacía camisas y cosía con maestría, al tiempo que criaba un buen corral de gallinas primero en el número 15 de la calle Pedro Gómez y después en la calle Botica, 17, con lo que en aquellos años de carestía no nos faltaron a mis dos hermanos y a mí los alimentos básicos necesarios: mi hermano Miguel, inspector de Seguros, ya fallecido, mi hermana Sor Antonia, religiosa Hija de la Caridad, y yo, ya jubilado como profesor e inspector de Educación.

No cabe duda de que fueron años de especial dificultad: todos los días, estábamos ya en plena guerra civil, pasaban los aviones a bombardear Porcuna; en Cañete salían las madres con sus hijos corriendo despavoridos a refugiarse en cualquier portalón de mayor consistencia que su casa o al campo escondidos debajo de los olivos. Los padres mientras trabajaban en el campo, mi padre contratava grandes extensiones de tierra para segar a destajo, dada su capacidad de trabajo y la necesidad; él se encargaba además de reclutar a otros más que él consideraba buenos para el trabajo.

En el año 1937 estuve a punto de morir por una fatal casualidad: vivíamos en el número 15 de la calle Pedro Gomez (fotografía nº 1); es lo único que recuer-

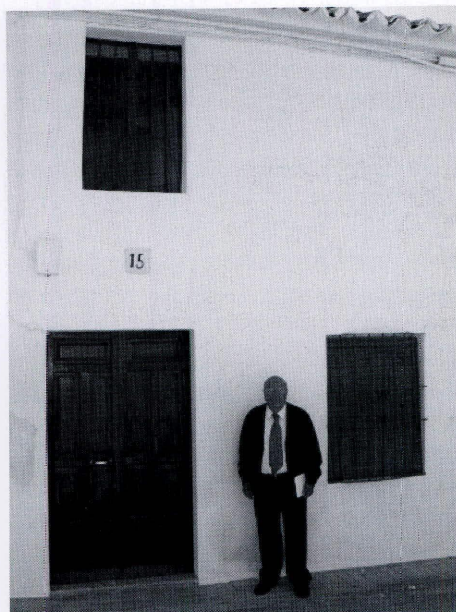


Foto nº 1

do:

Salí echando el aro y al asomar a la calle Botica (fotografía nº 2) una piedra me tiró al suelo; había un cuartel de requetés, dos soldados jugaban a tirarse piedras y yo paré una con la cabeza. Esa es la cicatriz que conservo en la frente. En total, el cráneo partido, dos meses entre la vida y la muerte en el hospital de Agudos de Córdoba, actual Facultad de Filosofía y Letras, con imágenes inolvidables y tremendas de bombardeos y llegada de camiones llenos de soldados heridos, imágenes que se grabaron en mi retina para siempre a la edad de siete añitos. Con una bolsa de nieve constantemente puesta en mi cabeza, entonces no se conocían los antibióticos, la infección fue remitiendo y la propia naturaleza fue cerrando la fisura abierta que, en principio, necesitó ocho puntos de sutura. Cuando a los dos meses me dieron el alta, mi madre me compró un traje de soldadito, entonces desgraciadamente los había, y por las calles de Córdoba llamaba la atención, especialmente a los soldados de regulares que admiraban a un soldado de siete años con su gorro puesto y debajo la cabeza vendada. Un año después todavía seguía mi organismo expulsando astillas de hueso sueltas que espontáneamente rompían la piel.

Y llegó la hora de ir a la escuela. Tres fueron mis maestros en Cañete de las Torres: un tal don Francisco que nos daba clase en su propia casa en la calle de la Plaza subiendo a mano izquierda; de él recuerdo algunos detalles: que propinaba algún que otro castigo a los que no se sabían la lección y otro, que algunos días nos llevaba al cam-



Foto nº 2

po, siempre por el camino de los Barreros, y le íbamos dando la lección sobre la marcha; un día a mí me preguntó la clasificación de las aves, se la dije completa, tal como venía en la enciclopedia, y me puso un diez. Yo era feliz.

También recibí clases de don Manuel en la escuela del Convento; él me orientó para examinarme de ingreso en el Instituto de Córdoba, examen que realicé concretamente el 9 de junio de 1941. De su escuela es la fotografía n° 3 con el mapa de España detrás; más patriótica no podía ser, "ahora que cada cual quiere hacer su corral".



Foto n° 3

Otro maestro mío fue don Pedro Capilla Torralbo que nos daba clase en su casa, el número 9 de la calle Julio Romero (fotografía n° 4). A veces nos entreteníamos a la sombra del castillo jugando al "somillo", nos estaba esperando en la puerta con la regla, nos arreaba un palmetazo en la mano que ya estaba caliente el día entero. La foto con don Pedro es del 18 de diciembre de 1942 (fotografía n° 5); en ella estamos don Pedro en el centro, arriba y de izquierda a derecha Carlitos Ballesteros, Valverde y Gutiérrez y debajo Pepito Mesa, Manrique, Elías, Francisco Relaño, José Luís y yo, el más pequeño a la derecha.



Foto n° 4

¡Qué tiempos más felices y más inocentes! Sólo pensábamos en correr y jugar, aunque desde luego también estudiábamos: el curso 1941-42 hice primero de bachillerato y el 1942-43



Foto nº 5

me examiné de segundo, los dos en el Instituto de Córdoba y ya de allí y sólo con los dos primeros cursos aprobados me fui al Seminario de la mano del gran sacerdote y entonces párroco en Cañete don Francisco Ruiz Herrero. En el Seminario me dieron media beca, tras unas pruebas que tuvimos que hacer y la otra media beca (quinientas pesetas) me la costeó una señora de

Cañete benefactora de alumnos con necesidades, doña María Moyano, todo gestionado siempre por don Francisco, el párroco. Conmigo entraron al Seminario dos entrañables amigos: Miguel Serrano Pinos y Nicolás Crespo Moyano; después cada uno dio a su vida un rumbo totalmente diferente; Nicolás se ordenó sacerdote y está en Cañete; Miguel Serrano se fue al Japón con los jesuitas, pero al final se salió y terminó de profesor de inglés en el CEU de Madrid; yo también me salí en primero de Filosofía. De Cañete éramos entonces cinco seminaristas: el mayor, Joaquín Santiago Rojas ya en tercer curso, Juan Manuel Hita Moyano en segundo y nosotros tres en primero. Las dos fotografías son elocuentes, una con don Francisco en la puerta de la ermita de

Madre de Dios (fotografía nº 6) y la otra en el Seminario, un día de campo (fotografía nº7): en primer plano y de izquierda a derecha Joaquín Santiago Rojas, Juan M. Hita, Miguel Se-



Foto nº 6



Foto nº 7

rrano, Nicolás Crespo y yo; detrás se pueden ver entre otros Adolfo Luque Cuevas de Cabra, Celso Ariza Povedano de Almedinilla, Francisco Flores Callava ("el Fachi") y Francisco Alcalá Ortiz, ambos de Priego. Estas dos fotos que comento son del curso 1943-44, es decir, de los trece a los catorce años.

Mis recuerdos de Cañete son de lo más agradables. Como el pueblo era pequeño estábamos en todas partes; en el verano a veces nos íbamos a bañar al arroyo que discurría de Cañete hacia Bujalance, entonces no había piscinas, nos bañábamos en agua turbia y volvíamos a nuestras casas llenos de barro más que otra cosa, pero ni nos poníamos malos, malos lo éramos. Recuerdo que llegaba la feria y que un nene más travieso que nosotros, Roque, nos tenía asustados, ya que siempre que nos veía no nos librábamos de la "guantá" o de la "patá" en el culo; entonces nos confabulamos contra él y decidimos plantarle cara: en efecto, fue una batalla campal al lado de los "caballitos"; todos rodamos por el suelo y nos pusimos blancos de polvo, pero desde entonces Roque ya no se metió más con nosotros y disfrutamos plenamente de la feria. Otra de nuestras distracciones favoritas en las noches del verano era revolcarnos en los montones de paja que había a las puertas de las casas para después guardarla; recuerdo especialmente la calle Reyes Católicos actual; nos picaba todo el cuerpo, mi madre me metía en un lebrillo, me enjabonaba y ya a cenar y acostarse. Otras veces jugábamos a pillar o al marro en la plaza del castillo hasta quedar exhaustos. De más pequeño me acuerdo haber corrido por la calle del Convento montado en mi caballito de caña: con mi imaginación infantil me parecía ser un personaje importante. O jugábamos a las bolas en la calle Botica: como era terriza había muchos hoyos, lo que propiciaba este juego; las había de cristal, las había de las gaseosas, las había de níquel, las más valiosas o las había de barro, más pequeñas y más grandes. Nuestros padres entretanto permanecían en casa o a veces se sentaban en las puertas; es que al día siguiente había que trabajar.

Se celebraba la fiesta de San Isidro Labrador el 15 de mayo con desfile de carretas y caballos al cortijo de Rabanera. Un año fui a caballo con un pariente de mi padre. Pero la fiesta grande de Cañete es el día de la Virgen del Campo. Se bajaba la patrona desde la ermita de Madre de Dios a la iglesia parroquial de la Asunción en el

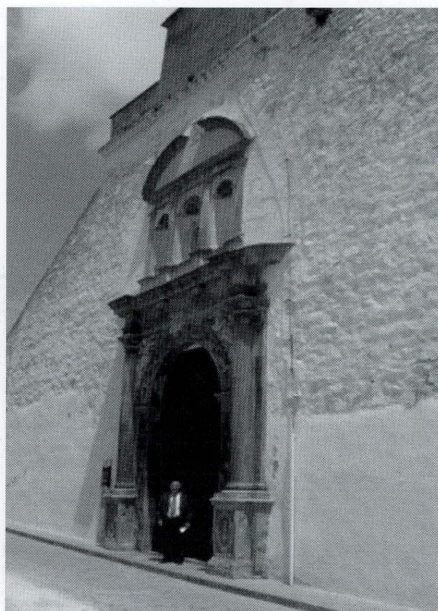


Foto nº 8

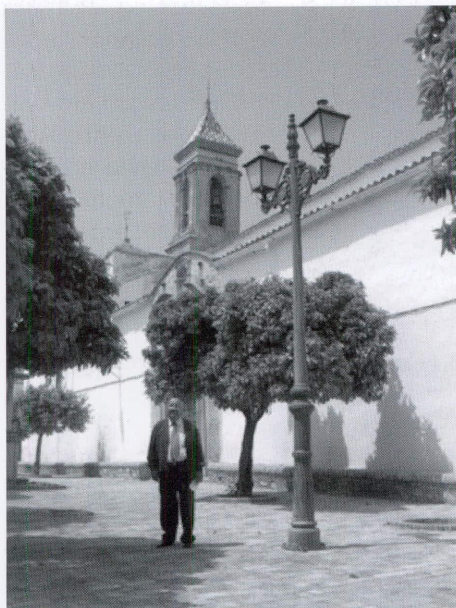


Foto nº 9

centro de Cañete (fotografías nº 8 y 9).

Entonces el pueblo en masa pedía que hubiera toros en la feria (29 de septiembre). Las corridas tenían lugar en la plaza del Castillo: se rodeaba de carretas unidas unas a otras y allí se lidiaban los toros; yo recuerdo haberlos visto desde el cuartel de la guardia civil, frente por frente al Ayuntamiento, justo donde ahora está la Casa de la Cultura, o bien desde el Castillo. A veces se escapaba un toro por entre las carretas con el consiguiente susto del personal.

La foto siguiente, la número 10, habla por sí sola de la aceptación que las fiestas de la patrona tenían: en la comitiva el señor de la izquierda

con gafas oscuras parece ser el alcalde, le acompaña un clérigo de Córdoba; después y en primer plano van los seminaristas pequeños portando los ornamentos sagrados y el misal, delante Miguel Serrano Pinos, detrás yo y detrás Nicolás Crespo, al lado y más alto Juan M. Hita y a la derecha y muy alto el todavía seminarista José Burgos Serrano, después párroco en Cabra muchos años y actualmente con ochenta y tres años adscrito a la parroquia de la Inmaculada de Ciudad Jardín en Córdoba. Él me ha facilitado la fotografía que comentamos; después, cómo no, nuestro párroco don Francisco Ruiz Herrero que habla con otro sacerdote y, por último, otro religioso de los carmelitas de Córdoba. Sería el verano de 1943.

En Cañete viví en varios sitios: si no me equivoco, estuvimos primero en el nº 4 de la calle Jacinto Benavente, al lado de la Tercia, (fotografía nº 11). Era una casa grande de vecinos con patios y cuardras.

De allí creo que nos fuimos a vivir a la fábrica



Foto nº 10



Foto nº 11

de la harina, todavía hoy en funcionamiento. Esta fábrica fue propiedad de un pariente de mi padre, Pedro Arenas, que vivía en Córdoba, y, claro, mi padre entró de encargado: ya no nos faltaba el pan y también podíamos hacer tortillas de masa (ver fotografía nº 12).

La fotografía nº 13 nos muestra una máquina de las antiguas, en mi retina sigue estando

grabado el color rojo de estas máquinas; hoy sólo queda ésta como pieza de museo: no debe perderse.

Pronto mis padres hicieron gran amistad con Manuel y Helena, los encargados del molino de aceite, la actual Cooperativa Olivarera donde celebramos la Reunión Anual el 29 de abril (ver fotografía nº 14). Teníamos ya "pan y aceite", que no era poco en aquellos tiempos.

De la fábrica de la harina y creo que por ese orden fuimos a parar a la calle Pedro Gómez, número 15, la casa de un tal Bonoso, quien al terminar la guerra civil volvió y lógicamente tuvimos que dejársela. Precisamente el 29 de abril y en la puerta de la casa tuve la oportunidad de

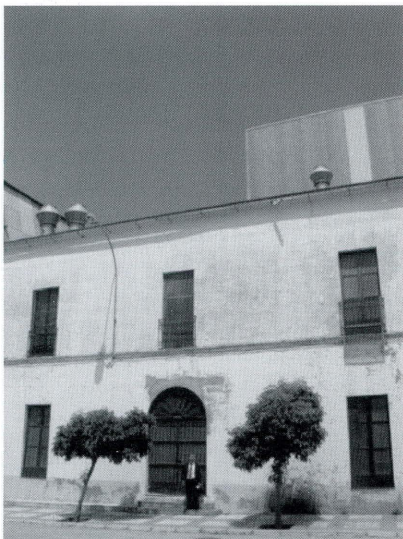


Foto nº 12

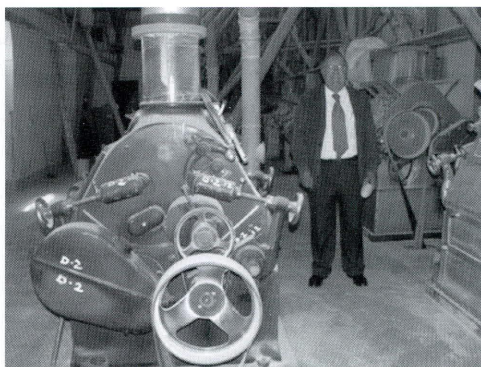


Foto nº 13



Foto nº 14

saludar a un sobrino de Bonoso que vivía por allí. De aquí recuerdo que teníamos un pozo compartido con la casa cuartel de requetés de la calle Botica. Recuerdo también que mi madre tenía muchas gallinas y que cambiaba huevos por azúcar y arroz en otro cuartel o almacén del ejército situado a principios de la calle Palma, casi haciendo diagonal con la ermita de Ntro. Padre

Jesús. Por la siesta los chiquillos nos íbamos al corral de las gallinas y nos dedicábamos a coger tábarros (avispas), les sacábamos el aguijón y les metíamos un mensaje; los soltábamos, pero a veces por el peso del papel no podían remontar el vuelo; entonces aprendí que los de los ojos azules no pican: la explicación, que todavía no son adultos.

De la calle Pedro Gomez nos fuimos definitivamente al número 17 de la calle Botica, ahora B. Pérez Galdós, (fotografía nº 15), de la que tengo infinidad de recuerdos: había un patio pequeño, luego la cocina y detrás un gran corral de gallinas y pavos con cuadra al fondo; ya no había más casas sino el campo y la carretera de circunvalación ahora Ronda del Convento. Por el verano anidaban en el tejado muchos gorriones y unas largas culebras se pasaban por debajo de las tejas de unos nidos a otros a comerse los pajarillos pequeños, con la consiguiente protesta de los padres y frecuente caída de muchos al suelo huyendo del peligro. Yo dormía en la planta de arriba y allí por las mañanas antes de levantarme me estudiaba la conjugación de los verbos para la escuela.

En esta época mi familia estaba ya más holgada de recursos: a mi padre le habían adjudicado un lote de diez fanegas de tierra frente al cortijo del "Fiscal". Durante el verano hacíamos un chozo y nos íbamos allí todos hasta terminar la recolección; mi padre sembraba trigo, cebada, avena, centeno, garbanzos y también recuerdo que teníamos un gran melonar: los mejores melones y sandías que yo he comido en mi vida, muy dulces por ser de secano. Dormíamos en la era terriza hecha al efecto para trillar, actividad en la que participaban mi padre, mi madre y mi hermano especialmente. Como dormíamos en la paja, una noche un enorme ciempiés se paseó por encima de mí con su piel fría y yo sin moverme para que no me picara. Así pasábamos el

verano hasta que se recogía todo y ya otra vez a Cañete. Como había muchos lotes de tierra, cada uno tenía su chozo más o menos grande según las personas que allí se albergaban: se ponían unos palos y estacas, se trazaba con travesaños el armazón del techo y paredes y techo se cubrían con ramas, paja o mies cortada y puesta de modo que al menos diera sombra o protegiera de una posible tormenta. Para los pequeños, aunque la vida allí era dura, aquello eran unas vacaciones en el mejor de los campos. Allí teníamos cabras para la leche, gallinas y casi de todo y de vez en cuando había que ir al pueblo a comprar algunas cosas. Yo al menos me lo pasaba muy bien; hasta llegué a tener mis palomas en el campo y disfrutaba viéndolas volar por allí; todavía me sigue la afición y actualmente tengo un buen palomar en Cabra.



Foto nº 15

En Cañete conocíamos a muchas familias. De la calle Botica mi madre era muy amiga de doña Carmen, la matrona o partera de Cañete, que vivía frente a la cantarería; su marido se apellidaba Toribio y era zapatero; años más tarde conoceríamos en Cabra a un hermano suyo, don Salvador Toribio Girón, padre de nuestros entrañables amigos Manolo y Angelita Toribio. También conocíamos y tuvimos mucha relación, hasta de trabajo en la fábrica de la harina con una familia procedente de Valsequillo, del norte de Córdoba: él se llamaba Isaías y ella Barbarita, su hijo Fernando y tenían también dos o tres hermanas; yerno o muy emparentado con ellos fue Adelio Camacho, persona afabilísima y muy conocida en Cañete, padre después de doce hijos; la familia de Isaías vivía en el recodo que forma la calle Pedro Gomez. También mi madre era muy amiga de doña Luisa, la boticaria de Cañete, a la que acudía siempre que alguno de nosotros teníamos algo. Ocupa igualmente en mi memoria un lugar destacado una amiga de mi madre, no recuerdo su nombre, que tenía una huerta a la que íbamos frecuentemente por la calle Santa Ana y luego por la calle la Fuente al otro lado del arroyo: de allí nos abastecíamos de fruta y verdura; una burrita con los ojos vendados daba vueltas alrededor de la noria que de sus cangilonos o arcaduces iba lentamente vaciando su agua en la acequia que la conducía al riego de toda la huerta.

Los recuerdos se me acumulan y pugnan por salir al papel: por el verano

íbamos al cine, lógicamente al gallinero, separado de las sillas por una alambrada; se trataba siempre que podíamos de “colarnos” a las sillas; pero una vez acabábamos de saltar, se presentó el encargado y tuvimos que saltar otra vez al gallinero, algunos caímos de cabeza con tal de que no nos cogiera; eran las travesuras propias de una infancia feliz y despreocupada.

Vaya si mi estancia en Cañete fue condicionante de mi vida futura y también de la vida de mi hermana. Terminada la Guerra Civil, mis padres y mis hermanos se volvieron a nuestro cortijo de Alcaudete (Jaén). Mi hermana, después de un tiempo en el campo, se marchó por consejo de don Francisco Ruiz Herrero al hospital que regentaban las Hijas de la Caridad de Cabra. En el hospital estuvo catorce meses y de allí, decididamente consolidada su vocación hacia la vida religiosa, se marchó al Seminario de la Comunidad en Madrid donde tras estar once meses hizo sus votos como Hija de la Caridad de San Vicente de Paul, Comunidad Religiosa a la que sigue perteneciendo con gran satisfacción y alegría, ya con ochenta años.

Pero yo me fui directamente a Córdoba, al Seminario, de la mano de don Francisco Ruiz. Cuando años más tarde, a los dieciocho, me salí del Seminario, yo tenía ya una buena formación humanística recibida de los jesuitas que regentaban el Seminario Conciliar de San Pelagio de Córdoba, y mis padres con una gran visión de futuro y haciendo un sacrificio económico importante, me llevaron al Real Colegio de la Purísima Concepción de Cabra anejo al Instituto Nacional de Enseñanza Media “Aguilar y Eslava”, donde en dos cursos hice cuarto, quinto, sexto y séptimo de Bachillerato; de allí a Granada donde cursé los años de Comunes (1º y 2º) de Filosofía y Letras y después a la Universidad Central donde hice la especialidad de Filología Clásica.

Volví a Cabra de Profesor de Latín y Griego y cuál fue mi sorpresa y al mismo tiempo mi satisfacción cuando don Pedro Capilla desde Cañete o don Francisco Ruiz Herrero, ya párroco de San Bartolomé de Pozoblanco, acudían a mí para ver cómo hacían los exámenes los alumnos que traían a Cabra. Entonces hay que decir que sólo había tres Institutos en la provincia: el de las Tendillas de Córdoba, el “Aguilar y Eslava” de Cabra y el de Peñarroya. Todavía conservo una tarjeta de visita de don Francisco dándome el pésame por el fallecimiento de mi padre en 1969; en la “post-data” me decía: “selecciona algún pajarito; tal vez os visite a final o primeros de año”. Ya sabía él de mi afición a los pájaros y sabía que contaría con un buen canario cantor.

Y desde Cabra mis oposiciones de Profesor Agregado Numerario de Griego, de Catedrático Numerario de Latín, de Catedrático Numerario de Griego por concurso de acceso, mi Doctorado, etc.

Sí volví a nuestro campo de Alcaudete, donde estaba mi familia, pero de vacaciones. De no habernos tenido que marchar a Cañete de las Torres, hubiera

sido toda mi vida un hombre del campo, labrador o bracero, como lo han sido todos mis primos hermanos que no se movieron de allí.

Creo que queda claramente demostrado que Cañete fue el CONDICIONANTE de mi vida y de qué manera...

Gracias, ¡Cañete de las Torres!, por haberme acogido a mí y a mi familia en aquellos tiempos tan difíciles. Años más tarde, cuando como inspector llevé el Instituto de Bujalance, siempre al terminar mi trabajo me pasaba por Cañete, subía a la ermita de Madre de Dios, me sentaba un rato delante de la Virgen del Campo (fotografía nº 16) y después ya me marchaba "hecho un hombre".

El veintinueve de abril pasado quise que me acompañara a Cañete mi hijo mayor para que conociera una parte de la historia viva de su padre. Pensaba volverse a mediodía a Cabra, pero se lo estaba pasando tan bien que optó por quedarse allí el día entero. Gracias, Julián.



Foto nº 16



**Iltre. Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**



FUNDACIÓN
CajaSur



**Diputación
de Córdoba**